

**CR861.3**

**Ch512d**

# DESDE LOS ANDES



SAN JOSÉ, COSTA RICA  
TIPOGRAFIA DE AVELINO ALSINA

1907

Centro Universitario de  
Occidente Servicios de Biblioteca

# INFORME

El siguiente es el informe dado por el Doctor don Valeriano F. Ferraz y don Rafael Villegas, quienes compusieron la comisión nombrada por el Gobierno de Costa Rica para que deliberara sobre este libro, el cual ha sido publicado por cuenta del erario público.

*Señor Secretario de Estado en el  
Despacho de Instrucción Pública*

P.

SEÑOR:

Por encargo de V., que debidamente agradecemos, leímos con mucho gusto las composiciones en verso escritas por don Lisímaco Chavarria, las cuales trata dicho señor de compilar en un libro con título *Desde los Andes*.

Aunque estamos lejos de considerarnos jueces inapelables en tan grave asunto como éste de crítica literaria, ni menos tratándose de justipreciar obras poéticas, nos parece equitativo, razonable y muy cumplido, en el caso presente, recomendar toda protección, de parte de un Gobierno ilustrado, en favor del talento natural que, aun en vías de mayor cultura y progreso, ha dado ya y sigue dando tan buenas muestras de capacidad indiscutible.

Se ha dicho desde antiguo, con distinción que no aceptamos, que el poeta nace y el orador se hace; cuando lo cierto es, á nuestro parecer, que ambos ingenios son de nacimiento, y ambos exigen gran cultura racional y paciente ejercicio para conseguir cierta perfección en su género, como toda aptitud y fuerza humanas.

Entendemos nosotros, pues, que el señor Chavarria nació poeta; y por mucho que haya de faltarle para *hacerse* tal de cuerpo entero, por decirlo así, siempre habrá que esperar de él mismo esa especie de milagro humano que hace el sumo artista del pensamiento y la palabra.

Por eso decimos, sin rebozo, que nuestra opinión es del todo favorable á su forma poética, como también á su fondo moral y filosófico.

Dejamos así, señor Ministro, satisfechos sus deseos de información, que son órdenes para nosotros, y tenemos la honra de suscribirnos muy atentos y seguros servidores,

VAL. F. FERRAZ

RAFAEL VILLEGAS

# Desde los Andes

---

## Prólogo

No me parece que haya habido nunca reglas muy precisas para adjudicar sin contestación posible el dictado de poeta á los que pulsan la lira,—como en otrora se dijo; pero las dificultades para hacer una adjudicación acertada suben de punto en este momento de la poesía en que una legión de enigmáticos epígonos, como ángeles apocalípticos, se ceban en las reputaciones de ayer y fundan sobre sus ruinas nuevas y extrañas parroquias para los fieles del Arte.

Un poco de reflexión, sin embargo, nos permite ver con exactitud que el movimiento de hoy no se dirige en realidad contra los poetas de antaño sino contra las trabas históricas que detienen el vuelo de la poesía, ansiosa de explorar todas las reconditeces, y contra los foscos y empedernidos cancerberos que defienden la entrada á las desconocidas regiones del Arte. No es un movimiento iconoclasta; es un movimiento libertador. La poesía, co-

mo todas las fuerzas sociales, pugna por hacerse independiente. La labor del modernismo no es otra.

Pero la esencia de la poesía es una en todos los instantes de la evolución literaria; por eso no es cosa del otro jueves discernir, aun sin la ayuda de reglas, en dónde hay poesía. La gran masa del público nunca en realidad ha conocido las reglas y, sin embargo, su dictamen en lo referente á poesía rara vez fué contralicho por la crítica docta. Se equivoca, al contrario, más fácilmente el que juzga con arreglo á supuestos principios que el que sigue sin examen el impulso de su propia emoción.

Así viene á explicarse que el público haya tenido por poeta al autor de estos versos sin que la crítica docta en nada contribuyera á ello con su dictamen. Quizás la crítica docta le hubiera escatimado más bien el título glorioso, porque Chavarría, que sigue sin vacilaciones ni timideces los impulsos de su inspiración, no se ha parado con barras y ha atropellado más de una vez los convencionalismos ñoños con que se quiere detener el vuelo de la fantasía hacia las tierras ignotas que el arte encubre con su velo azul y tentador. El público, que de reglas no entiende maldita la cosa, no se equivocó, en efecto, al consagrar como poeta por sí y ante sí á Lisímaco Chavarría.

Este poeta es un caso particular y raro en la historia literaria del país. Chavarría era hace poco un humilde é ignorado maestro de escuela; escribía versos; pero los publicaba bajo otro nombre, sin que este nombre fuese en realidad un seudónimo, porque había una persona

que lo llevaba y que recogía también muy campante los laureles que el público derramaba á su paso. La sorpresa de la gente fué grande, por eso, cuando sin lugar á duda se supo que el autor de *Orquídeas* y *Nómadas*, dos volúmenes de *estrofas*, que con el nombre indicado aparecieron, era *Lisímaco Chavarría*, quien de un día para otro se halló con una reputación formada. Chavarría prosiguió lanzando con su nombre desde ese momento composiciones tras composiciones, y la corona de poeta, que él había adornado en silencio con la pedrería de sus cofres, vino, como era justo, á resplandecer por fin en sus sienes.

Curioso me parece analizar aquí la labor poética de Chavarría: quien recorra este nuevo tomo de versos habrá de reconocer de buen grado que Costa Rica puede ufanarse de poseer hoy en día un poeta para cuya inspiración honda, noble y sincera no tiene secretos el mundo misterioso de la poesía, que todo lo abarca.

*Justo A. Facio*

*San José, 6 de setiembre de 1907.*

## DESDE LOS ANDES

---

A mi amigo, el Diputado  
don Eliseo Gamboa, con la  
estima invariable de  
Tirso Beltrán  
San Ramón, Junio 19

### Mi Musa

Mi Musa es joven, placentera y fuerte,  
es de ático gracejo;  
en su hermosura, majestad se advierte,  
las agrestes cascadas son su espejo.

El ansia que la alienta es infinita;  
su risa es una escala;  
para acudir á mi amorosa cita  
jamás con artificios se acicala.

Sólo gusta de ornarse con los minios  
que va luciendo el Sol en el espacio;  
agrandando en sus anhelos sus dominios,  
la bóveda del cielo es su palacio.

Conjura y apostrofa  
la negra duda que en mi sien estalla;  
azota la Soberbia con su estrofa,  
santigua la Bajeza con su tralla.

Cantarle á la indigencia fué su culto,  
y nunca su incensario  
perfumó ni al tirano ni al estulto,  
pero al huérfano sí y al proletario.

A éstos que caminan sobre abrojos,  
sin luz, sin esperanza, sin anhelos,  
burlando las retinas de sus ojos  
con el vago espejismo de los cielos;

A éstos que en el mundo  
van impelidos por contraria suerte,  
entre la nave del dolor profundo,  
al puerto silencioso de la Muerte;

A éstos que caen al principio  
al empuje tenaz de las miserias  
y que en las garras del inmundo vicio  
agonizan sin sangre en las arterias;

A éstos ella canta  
y rinde el homenaje de sus versos;  
á los Caínes, su protesta santa,  
su estigma, á los inicuos y perversos.

Ama al Cristo que sube á su Calvario  
sin que le arredre el heridor insulto;  
al luchador que elige por contrario  
la valla de un tumulto...

Es hija de los Andes  
y oxigena en los campos sus pulmones;  
extiende al Sol sus níveas alas grandes  
y rige una cuadriga de ilusiones.

A una puesta de Sol, á una cabaña,  
al trueno que retumba,  
al rayo que fustiga la montaña,  
al silencio profundo de una tumba,



Y á todo lo que envuelve una grandeza,  
eleva su canción hecha agasajo,  
y así como maldice la Bajeza,  
alza himnos á la Vida y al Trabajo.

A todo aquello que á lo grande aspira  
y que lo innoble y lo servil rehusa,  
entona salmos én su extraña lira  
esa deidad ingénita: mi Musa!

## *Los Andes*

Como una boa inmensa de un polo al otro echada,  
ceñida por llanuras y bosques seculares,  
oyendo la epopeya salvaje de los mares,  
mirando de los siglos la ruta fatigada,

extiéndense los Andes, la frente levantada,  
do quiebra el Sol sus rayos, cual dardos, á millares,  
do tienen sus dominios los pumas y jaguares,  
do eligen los cóndores su insólita morada.

El Niágara les brinda su canto prepotente,  
cual rota ~~A~~ gran arteria los riega el Amazonas  
y lecho gigantesco les presta un continente.

Jamás los dobliegaron del tiempo los afanes,  
ostentan con orgullo la pompa de sus zonas  
y retan lo infinito crispando sus volcanes.

## Estantigua del Poeta

¡Oh eterno viajero!

Tu rostro marchito me apena,  
tu ruta es fatal;  
tu planta, sangrando, se posa en la arena  
y marchas... y marchas y nadie pregunta tu mal.

Contéstame, viejo de frente rugosa, de mustias pupilas,  
de pálida tez:  
¿huyó tu esperanza? ¿huyeron tus horas tranquilas?  
¿te hieló el invierno de aquesa vejez?

¿O buscas el agua de alguna cisterna  
por esa tu ruta sembrada de abrojos, tornada en erial?—  
Y entonces el viejo, con voz de caverna,  
contóle su mal:

--Yo soy un espectro, yo soy una sombra, sin paz ni alegría,  
sin nido de amor.—  
Y entonces le dijo el poeta: tú alma, viajero, se hermana á la mía;  
mas tengo un amigo,—se llama DOLOR.

—Has dicho mi nombre—profirió el espectro,—  
yo soy ese amigo, yo voy á tu lado buscando tu fin;  
las notas más altas las pongo en tu plectro  
que canta y que llora con voz de clarín.

Viajé con Lord Byron de Oriente al Ocaso,  
yo soy un alado corcel;  
bajé con el Dante al Infierno, gemí con el Tasso  
y puse en sus sienes eterno laurel.

Desgarro el silencio nocturno con voz de elegía,  
y el pecho soberbio y el alma sin fe,  
brillé en las pupilas azules de aquella Lucía  
que canta Musset.

Conozco las penas de Job, las ansias de Cristo  
triunfante en la cruz...  
**Yo soy el DOLOR! A todas las luchas asisto**  
**y presto mi aliento, soberbio pegaso con alas de luz!**

---

## II

### Oasis

¿Y diz que era un demente? ¡Era un huracán  
á todos los dolores!  
Quizá el cuervo voraz del desengaño  
le desgarró la vida, hecho furores.

¡Oh ley de lo insondable! ¿cuál su daño?  
¿Fué el anhelo vivaz de horas mejores?  
El ensueño, tal vez, de un mundo extraño  
lo encaminó á morir entre las flores.

¡Las flores amarillas de la huesa  
de su madre difunta,  
á quien la muerte convirtió en pavesa!

Al fin sus sombras junta  
y lo envuelve esa noche gris, aquesa  
¡noche de olvido que para él despunta!

### Protesta

Preferiste la paz del campo-santo  
á todas las contiendas mundanales;  
herido por el bárbaro quebranto  
clamaste, de la Muerte en los umbrales.

El Hado adverso te llenó de espanto.  
¡Oh trágico viajero! Los puñales  
de tu sangriento mal, el desencanto,  
se tornaron en crótales fatales.

Tu paso extremo en mi cerebro oscila  
cual lampo que se apaga tras las crestas  
en una noche lóbrega, intranquila.

Desde la tumba á tu destino asestas,  
con un gesto de horror en tu pupila,  
los rayos que forjaron tus protestas.

## *Perlas grises*

---

*A un suicida*

### I

#### Bronce

El goce es pasajero;  
ama la holganza, el femenino busto  
y el vino de la orgía... Yo prefiero  
la zarpa del dolor tenaz y adusto.

Dadme del lidiador—alma de acero--  
que busca en sus desdichas el robusto  
aliento que enaltece al hombre; quiero  
del cóndor perseguido el vuelo augusto.

El dolor es impulso, es brío, es fuerza,  
cabalgadlo, que en él se torna altiva  
toda alma flébil que el pesar retuerza.

Musa, tu canto al ave que, cautiva,  
por obtener su libertad se esfuerza  
con toda el ansia de su entraña viva.

## II

### Cardo

Al pobre atormentado  
por una duda atroz, por un deseo,  
al que se siente el corazón llagado,  
herido, del pesar al picoteo;

A todos los que luchan contra el Hado  
con santa indignación de Prometeo,  
y aun al mismo Luzbel, que, rebelado,  
se retuerce con rudo forcejeo;

A éstos, Musa, tu canción florida,  
á éstos presta tu Pegaso fuerte,  
hurraño al acicate y á la brida.

A éstos, Musa, tus estrofas vierte  
y á todos los que viajan por la Vida  
con la única esperanza de la Muerte.



## **Marinas**

### **Puntarenas**

Hace un calor de fragua... En la arboleda  
rumborean las brisas barcarolas  
y se enlazan carmíneas amapolas  
con las flores fragantes de reseda.

Dejando espumas y crujir de seda,  
en la playa despliérganse las olas,  
los peces muestran en el mar las colas  
y el ala extiende la barquilla leda.

Ostentan sus vigores las gaviotas  
sobre el piélago, en pos de la pitanza,  
y el Sol fulgura en la azulada comba...

Llega la noche y las primeras notas  
desgrana al aire la porteña danza  
en la alegre marimba y la zambomba.

## II

### El Estero

Es una inmensa lágrima caída  
en una copa de eternal verdura  
y sus linfas arrullan la espesura  
donde la garza soñolienta anida.

Como una mole extraña y carcomida,  
mostrando marfilina dentadura,  
se ve un caimán, allá, bajo la oscura  
orilla del manglar, humedecida.

A modo de ave que cansada vuela,  
cuando la tarde los peñones dora,  
orlada de arrebol, cruza la vela...

En sus ondas de linfa bullidora,  
donde duermen los himnos de la estela,  
columpia sus aljófares la aurora.

## Noctambulismo

Allá, tras el hoscaje,  
la tarde fué plegando paso á paso  
el ruedo iridiscente de su traje  
y un velo de tristeza en el ocaso  
dió sombras caprichosas al paisaje.

En los cipreses lacios  
el viento demostró su rebeldía,  
rugiendo con sus pífanos reacios...  
La tarde ensangrentóse en su agonía  
y el cielo brotó un llanto de topacios.

En medio de nogales  
el río murmuraba barcarolas,  
espumas destrenzando en los triguales;  
velaron su carmín las amapolas  
y su arpa no pulsaron los turpiales.

¡Oh noche de secretos!  
En mi alma se posaron mil barruntos  
cual huestes de murciélagos inquietos,  
y entonces mis pesares ya difuntos  
se irguieron como blancos esqueletos!

## *El Arado*

Conozco tu vigor... Sobre la tierra  
vas trazando el poema del Trabajo...  
es fuerza, es vida tu fecundo tajo,  
son tus himnos de paz y no de guerra.

Cuando tu diente vencedor se entierra  
el duro pedernal tornas cascajo,  
y despunta el embrión, hecho agasajo,  
de la simiente que tu surco encierra.

Te envuelven las auroras con cendales  
al hallarte luchando en la labranza  
donde queda tu fuerza hecha maizales.

¡Salve, robusto luchador del campo!  
te dice el Sol naciendo en lontananza,  
en cada chispa de oro, en cada lampo!

## Al Odio

No dejes, Odio, de torcer la rueda  
en que hilas afanoso tus venganzas,  
espero sin temor tus asechanzas  
y el golpe alevé de tu mano seca.

Los alaridos de tu voz enteca  
y las injurias que á mi paso lanzas,  
no lograrán que niegue las pitanzas  
que te da mi desprecio al ver tu mueca.

Alzaste contra mí tu débil mano  
y tu agudo puñal en mis entrañas  
hundir á muerte pretendiste en vano...

Con el cieno que arrojas no me dañas,  
pues reptiles que habitan el pantano  
no pueden ascender á las montañas.

## *Rebeldías*

Nada importa que rujan los ciclones  
sus alas agitando en torno mío;  
no me arredra el dolor... Cual los alciones,  
desafiare la tempestad con brío.

Me alientan los aullidos de la mofa  
para lanzarme á la tremenda lidia;  
un rayo forjaré de cada estrofa  
y sin piedad lo lanzaré á la insidia.

Yo quiero la victoria conquistada  
al tajo de mi esfuerzo en la pelea,  
mas nunca la que se hace arrebatada  
sin ganarla en el campo de la idea.

Amo la fuerza del halcón que sube  
después de herir al áspid las entrañas,  
amo el cóndor que asciende hasta la nube  
salvando la altivez de las montañas.

Y el águila caudal que en el vacío  
se dora con la gualda del celaje,  
y el ímpetu colérico del río  
que canta su soberbia de salvaje.

Amo los nimbos de gloriosa lumbre  
y el vuelo vencedor de las gaviotas;  
amo el triunfo que lleva hasta la cumbre,  
aunque se gane con las alas rotas.

No temo las tenaces embestidas  
de la suerte; si llego á la cimera,  
primero que vendarme las heridas  
entonaré un hosanna á mi bandera!

No he de darle piltrafas al cinismo  
huyendo de la liza con pavora;  
quizá, como Luzbel, rueda al abismo,  
pero irguiendo mis ojos á la altura.

---

## *De mi yermo*

---

Son dísticos de luz tus dos pupilas—tan bellas como extrañas:  
resumen el poema—del eterno verdor de las montañas.

Son verdes cual los mares—como el fuego del Sol abrasadoras,  
en ellas engarzaron—la pompa de su brillo las auroras.

Pareces, por tu gracia, una escultura—de algún artista jonio;  
tu voz finge el acento—de un dáctilo del arpa de Petronio.

¡Alumbra el antro oscuro—donde yacen mis horas intranquilas,  
con esa luz de cielo—que emerge del ●orión de tus pupilas!

¡Mitiga mis congojas implacables—¡tan recias... tan hurañas!  
con esa aurora ígnea—que fulgura al través de tus pestañas!

Mitiga mis pesares que me imponen—tan negro cautiverio,  
y yo te haré la diosa—que ensalce con sus himnos mi salterio.

Aplaca mis tormentos ignorados—aplaca mis pesares,  
y á tí mi estrofa dulce—que brota como un lirio entre espinares.




## A Jesús

Ora, Padre, por los hombres, en el Huerto  
y que bañen las estrellas tus contornos, con su lumbrería funeraria;  
por el nómada sin tienda, por el náufrago distante de su puerto  
y por todos los proscritos, que se eleve tu plegaria.

Haz de nuevo, por el alma que torturan las infamias, con fiereza,  
otra senda hacia el Calvario;  
por el huérfano que implora al lujo sordo, por los niños en pobreza,  
por el triste proletario...

¡Y que tiemblen las soberbias, que trepiden las humanas liviandades  
fustigadas por la voz de tu justicia!  
Tus soñadas igualdades  
que domeñen los furores del chacal de la avaricia.

Ven de nuevo á tu Judea   
y que brote de tus labios la parábola sublime;  
ven á hollar de nuevo zarzas por el triunfo de tu idea,—  
esa chispa luminosa que ennoblece, que levanta, que redime.

¡Oh Poeta de los siglos! tu pegaso fué el tormento,  
no luchaste por tu gloria, fué por todos tu campaña!  
¡Ven de nuevo á los humanos! Cual las aves impelidas por el viento,  
no aletean la elocuencia de tus obras, la dulzura de tu verbo, tu SERMÓN  
[DE LA MONTAÑA.

## *¡Salve, apóstoi!*

Dadme, dadme de Píndaro la lira,  
quiero loar con himnos á un atleta,  
á un apóstoi con alma de poeta  
que en la bondad y en el amor se inspira.

Predica tu sermón. si no te escuchan,  
tal vez mañana buscarán tu lumbré:  
sólo llegan triunfantes á la cumbre  
los altivos, los bravos, los que luchan.

Tú tienes alma y corazón de acero  
y el ala que remonta las alturas;  
fecúnda las estériles llanuras  
y eleva al aire tu cantar sincero.

La espuma de cristal de las cascadas  
humilla la soberbia de las rocas...  
¿Qué importa que la Inquina con mil bocas  
te injurie con malignas carcajadas?

Mañana, cuando llegue á ti la Muerte  
y te marches con ella, la Estulticia,  
ajena de acritud, te hará justicia,  
ajena de su error, sabrá quererte.

Predica tu sermón... Rompe la brecha  
y deja á tus contrarios en fatigas;  
la ruta de la Gloria tiene ortigas  
que brotan en espléndida cosecha.

Los zoilos son las piedras de granito  
que sirven para hacer los pedestales  
en que apoyan sus pies los inmortales,  
los genios que tramontan lo infinito.

Los zoilos son las bestias poderosas  
que saltan las barreras y las trancas,  
llevando á las alturas, en sus ancas,  
los triunfos de las mentes vigorosas.

Son seres de pesar estremecidos,  
que ocultan su dolor tras sus caretas;  
son bocinas de fuego, son trompetas  
que rompen el silencio con tañidos...

A ti el odio que lanza la Bajeza,  
á ti la injuria que del fango sube,  
porque puedes salvar, como la nube,  
la altura, siempre azul, de la grandeza!

## Aves rebeldes

## No conoces la inercia...

¡Eres torrente

que sale victorioso en sus batallas!  
alzas al cielo la indomable frente  
y saltas luego sin temor las vallas.

A la manera de corcel fogoso  
te lanzas raudó á tu fugaz carrera  
y llegando á la cumbre, victorioso,  
allí enarbolas tu marcial bandera.

No importa que amenace tus entrañas  
el puñal afilado del Cinismo,  
tú tienes solidez cual las montañas  
que se burlan del hambre del abismo.

Si te rugen traiciones fragorosas  
con voces de fanfarria y de bravura,  
desperezas tus alas y te posas,  
cantando tus desdenes, en la altura.

A modo del *albastro*,  
si osan herirte, la región escalas,  
y abanicas la frente de los astros  
con la pluma sedeña de tus alas.

Así las almas grandes,  
las almas recias de indomables frentes;  
las aves que nacieron en los Andes  
destrozan en las nubes las serpientes.

Así las almas nobles,  
las almas no rendidas por desmayos;  
las aves que se posan en los robles  
no temen los furores de los rayos.

Así como esas aves, tú descuellas,  
sin descender jamás á los cubiles;  
arrostras de la inquina las centellas  
y en las nubes desgarras los reptiles!

## Robles

*A Marciano Acosta*

Se agita el vendaval con rudo empuje  
y en su clarín sonoro ensaya un doble;  
como si fuese bestia, asaz innoble,  
se contorsiona, se enfurece y ruge.

El mar se encrespa, se alborota y muge  
al sentir de los vientos el mandoble  
y tiembla la arboleda. En tanto el roble,  
enhiesto, hecho altivez, apenas cruge...

Sé tú como ese atleta, siempre esquivo,  
y muéstrate sereno ante la racha  
que apoca á los espíritus pequeños.

Digno de loa es mantenerse altivo,  
burlando tempestades y aun el hacha,  
en la cima triunfal de los Empeños.

## Quo vadis?

A un poeta

¡No hay lucha sin dolor...!

Suelta la brida

de tu pegaso fuerte...

deja auroras al paso por la vida

que alumbren en la noche de tu muerte.

Redime á tu adversario

con tu nuevo *Sermón de la Montaña*,

aunque tengas un *INRI* y un *Calvario*

como gloria final en tu campaña.

Es ardua tu contienda,

pues son tus ansias difundir la luz;

hay abrojos y serpientes en tu senda,

pero sobre ellos salvarás la cumbre.

Rayo eres que fulmina

rasgando en mil pedazos la impostura,

tu misión evangélica termina

y clava tu pendón sobre la altura.

No se oiga ya la endecha  
que ensayan los histriones de sainete;  
sea tu voz el himno que en la brecha  
entone el Triunfo al avanzar tu ariete.

Tu verbo que al oído  
arrulló cual la música distante,  
semeje el estampido  
que lanza al paso tu corcel triunfante.

No escuches el aplauso de profanos  
ni la injuria que arrojen á tu planta  
y azota á los espíritus insanos  
con tu protesta redentora y santa.

Del numen de tu mente haz un cilicio  
y de tus iras látigos de fuego,  
y domeña los ímpetus del Vicio  
que impone su coraje sin sosiego.

Con tu canto jocundo  
levanta á la Virtud una proclama,  
y tu voz, hecha luz, por todo el mundo  
la lleven los clarines de la fama.

No cejes nada en tus contiendas rudas  
y rasga las tinieblas con tu verbo,  
aunque te besen los nefarios judas  
de espíritu protervo.

Cese el canto á las náyades y flores,  
el canto que se esfuma en vaguedades;  
alza el grito triunfal de los condores  
que miran con desdén las tempestades.

Que arrulle la torcaz en la montaña,  
el cierzo, que solloce en el osario;



## *En la jornada*

Extraña ley, por mí no conocida,  
trazó mi senda abrupta. Adversa suerte  
me quiso anonadar, mas siempre fuerte  
arrostré las borrascas de la vida.

De mi destino en cada sacudida  
vi la mueca espantosa de la Muerte  
y el gesto del Dolor, y nunca inerte  
rendí mi impavidez á su embestida.

Me engolfo de mi suerte en el reinado,  
como nauta que al cabo aniquilado  
al golpe del tifón pierde su rumbo;

pero entretanto exista en el rebote,  
iré tras mi ilusión, cual don Quijote,  
redoblando mi afán en cada tumbo!

## *El Arte* (\*)

### I

¡ Salve, divino dón !

En tu santuario  
las mentes que señalas se iluminan,  
desciendes de tu trono y les revelas  
cómo la luz se irisa  
en la veste sutil de las mañanas  
y en la tarde rosada que agoniza;  
lo bello les descubres de Natura  
y con sagrado fuego las animas.

Te muestras en el ponto,  
en la bestia, en la nube fugitiva,  
en la cascada azul, en la montaña  
y en la silvestre orquídea;  
resumes todo el Cosmos  
y es tu templo la bóveda infinita.  
Consagras con tus besos  
el numen creador de los artistas,  
de los genios que van á tu grandeza  
clavando en tus fulgores sus pupilas...

(\*) Competición favorecida con el primer premio en el certamen literario, *La Fiesta del Arte*, organizado por el Club Círculo Rómulo.

A ti van los bizarros intelectos  
que llevan por loriga  
viriles entusiasmos  
y por meta la gloria de tu cima.

Atletas formidables  
que marchan á tu lid con gallardía,  
hidalgos luchadores de la idea,  
altivos combatientes de tu liza,  
á ti van los ungidos,  
los que sienten dantescas rebeldías,  
las almas soñadoras,  
por la ruta fragosa de la vida,  
y beben en tus fuentes  
y tornan con vigor sus energías.

A ti van los que buscan  
sin descanso, cual otros israelitas,  
la hermosa Tierra Santa  
que dora con su sol la Fantasía,  
y en esa Canaán de tus dominios  
un solo sentimiento los anima:  
la sacra religión de la Belleza  
que ennoblece, levanta y dignifica.

Vida eres en la estatua  
y pompa de otros tiempos en la ojiva,  
lumínico arrebol en la paleta  
y en los dulces violines sinfonía.

En la estrofa del bardo  
eres fuego, eres lampo y eres chispa,  
y duermes en los bronce de Cellini  
y en la Minerva colosal de Fidias.

Apostrofás al tiempo  
con las tumbas soberbias de los incas  
y con la añosa Esfinge  
que propone al beduino sus enigmas.

En el teclado ebúrneo  
los dedos de las damas te acarician.

y gimes en el arpa y en las guzlas  
 cuando sus cuerdas el amor agita;  
 en la marcial trompeta  
 como el fragor de la tormenta vibras,  
 y ensayas trinos de ave  
 en el sistro, en la flauta y en las liras.

## II

El clásico cincel de los helenos  
 tu culto egregio eternizó en la estatua  
 y allá en la vieja Roma  
 te admiraron en bloques de Carrara,  
 y fué el Renacimiento  
 la estrella más luciente de tu marcha.

Eres rayo de sol cristalizado  
 en las pupilas de la Venus manca,  
 y brillas como un astro en el donaire  
 que el artífice griego dió á la Diana;  
 tus ósculos palpitan  
 del Júpiter Tonante en la mirada  
 y del grave Moisés de Miguel Angel  
 en la ática arrogancia.

En las Madonas del pintor de Urbino  
 y de Goya en la Maja;  
 en el Juicio Final de la Sixtina,  
 —casi imposible concepción humana—  
 y en el corcel brioso de Velázquez,  
 eres carne, eres vida y eres alma.

En el rizado capitel corintio,  
 en el rústico altar en que adoraban  
 los indios á sus dioses  
 allá en la soledad de las montañas;  
 en los tenues festones y arabescos  
 que el hábil moro cinceló en su Alhambra;

en el arco, en el plinto y en el pórtico.  
eres línea en la piedra eternizada.

Con la música imitas  
el mugir de los mares en las playas,  
el ronco retumbar de los tifones  
y del cañón la voz que ruge airada;  
pusiste en la vibrante Marsellesa  
las notas de la bélica arrogancia,  
y arrullas... y suspiras... y sollozas  
en el acento armónico del aria.

Como la nivea espuma  
que arrebolada por el iris salta  
sobre la crin rugiente  
que destrenza en el aire la cascada,  
como la chispa de oro  
que sobre el yunque, de la forja estalla,  
así las rimas nacen  
como haz de luz del numen que consagras,  
así la estrofa surge,  
así brotan del estro las estancias.

La prosa es el pegaso  
soberbio y piafador en que cabalgas:  
en él te vió Cervantes,  
en él te vió Granada  
llegar como un cruzado victorioso  
á besarles sus frentes inspiradas.

La musa de Virgilio  
y el dulcísimo acento de Petrarca  
trazaron á los hombres tu grandeza  
con el áureo pincel de la palabra.

Refieres tus conquistas  
con la eterna expresión de la estatuaria,  
y dices con el mármol  
los progresos de Siria y de Tebaida;  
los raros monolitos del azteca  
son huellas de tus plantas,

en tu ruta infinita y luminosa  
al través de los siglos y las razas.  
¡Eterna juventud, vigor eterno!  
¡En la estrofa, en la flauta y en la arcada,  
en el lienzo y el bronce,  
eres luz, eres vida y eres alma!

## *Estoicismo*

Cuando torno mi vista á lo pasado  
y miro mis pasiones hechas ruinas,  
cavilo unos instantes  
y luegouelto volteriana risa.

Hondos amores que soñaba eternos  
hoy yacen en cenizas,  
y los pesares que juzgué incurables  
volaron cual las aves fugitivas.

En ese trance me sentí enervado,  
cuando el dolor el alma me mordía;  
amé la noche eterna.  
y el arma miserable del suicida.

Mas fué pasando el tiempo  
y sanaron del todo mis heridas  
y hoy siento que en mi espíritu florece  
lozana primavera de energías.

## Un ídolo

*A Joaquín García Monje*

Conservo con solícito cuidado  
un ídolo de piedra  
ridículo, grotesco; está en cucullas,  
es grave su cabeza  
y un pífano silvestre,  
extasiado, parece que tañera...

Mi loca fantasía  
se forja, en su presencia,  
mil vagas conjeturas,  
hipótesis extrañas, y me lleva,  
como un beleño indio,  
en la góndola ebúrnea de la idea,  
por un tranquilo mar de soñaciones  
al remoto país de la Quimera,  
y al encontrar el paso que los siglos  
van imprimiendo en su infinita senda,  
tornando todo en ruinas,  
hundiendo todo en su profunda huesa,  
me abismo en reflexiones  
y siento que mi espíritu se enerva.



¡El Tiempo, con su ariete formidable,  
destruye vanidades y grandezas!  
Los pueblos cual rendidas caravanas  
van quedando perdidos en su estepa  
y el eterno huracán de las edades  
los extirpa, los hunde ó los dispersa.

¿Qué fué de las ciudades que el Mar Muerto,  
como una tumba inmensa,  
entre su seno líquido y amargo  
sepultó para siempre...?

Las grandezas  
de Siria y de Tebaida,  
el esplendor de la nación helena,  
cayeron en el surco  
que va rompiendo el Tiempo en su carrera  
sin que nadie consiga sus favores,  
sin que ninguno detenerlo pueda.  
¡Cuán pequeño es el hombre  
y qué grandes su orgullo y su torpeza!

Las poppas de Cartago,  
los mármoles de Grecia,  
el Coliseo magistral de Roma,  
los muros de Micenas,  
rindieron á tu paso—¡oh Tiempo adusto!—  
sus tronos, su poder y sus soberbias.

Como un confuso ensueño,  
en presencia del ídolo de piedra,  
discurren por mi mente  
los tiempos primitivos de la América,  
y me parece que tomando vida  
se yergue y me habla la escultura pétrea  
y en una lengua rara  
me dice:

«Soy vestigio del azteca...

El Tiempo aun no ha molido a estas formas  
que el artista aborígena me diera,  
mas cayeron en ruinas mis doseles  
que allá, bajo las selvas,  
alzaron en mi honor difuntas razas,  
cual la tuya, fanáticas y ciegas:  
también el fanatismo, allá en mis días,  
deposító á mis plantas sus ofrendas.

En lanzas venenosas, los guerreros,  
me ofrecían las mútilas cabezas  
de aquellos semejantes que caían  
en las lides, pasados por sus flechas.  
Mas ¡ay! esos Caínes, como el fénix,  
reviven para mengua  
de los siglos, las razas y naciones!  
¡Oh luchas fratricidas!

¡Oh las guerras!

Si el triunfo era propicio  
á sus crudas y bárbaras contiendas,  
con sangre de sus vírgenes cobrizas  
manchaban mis rodillas imperfectas.  
También el fanatismo  
allá se opuso, á modo de trinchera,  
á todos los avances redentores  
de la augusta Verdad y de la Ciencia.

Yo contemplé sus ritos religiosos  
y sus fogosas fiestas,  
y al són de las marimbas y zambombas,  
vi sus danzas, allá bajo las selvas  
do tamizaba el sol sus lluvias de oro,  
do rimaban las aves sus endechas,  
cuando la rubia aurora  
con el ígneo arrehol de su paleta,  
doraba las montañas

regando en la distante cordillera  
la pompa de su brillo  
hecho luz, hecho fuego, hecho grandeza,  
y vi caer las tardes apacibles  
tras bosques de palmeras,  
y al Sol ya moribundo  
echando sobre el mar todas sus gemas;  
y en las noches calladas  
surgiendo las estrellas,  
en el campo anchuroso del empíreo,  
cual áureas margaritas entreabiertas...

¡Oh las noches tranquilas de mis bosques!  
¡Oh las tardes rosadas de mis selvas!

... Y fué pasando el Tiempo  
y caí con mi altar bajo sus ruedas  
hasta que el hierro fuerte de un arado  
sacóme de mi huesa.»

El ídolo grotesco,  
después de conducirme á la Quimera  
por un tranquilo mar de soñaciones,  
en la góndola ebúrnea de la idea,  
su narración suspende, y en cuclillas  
sigue entregado á su sopor de piedra,  
á modo de una esfinge  
que sólo hablara de las cosas muertas.

## Al Sol

¡Oye mi salmo, ornato del empíreo,  
eres la luz á la grandeza unida!  
¡Salve!

¡Mil veces salve!

Tú iluminas

las regiones ignotas de los cielos,  
la bóveda infinita...

Los blancos abanicos que las garzas  
sacuden en las aguas cristalinas,  
las ledas mariposas  
y las palomas nívicas  
y la cascada agreste que retumba  
regando refulgente pedrería,  
recoger en la aurora tus fulgores  
y en la tarde que muere tus caricias;  
esmalta de carmín las amapolas  
y doras las espigas  
que los feraces campos  
al esforzado labrador le brindan.

Sobre las crestas albas de los mares  
tus campos se deslizan  
cual llamas de topacio  
ó cual lluvia intangible de amatistas.  
En rizos irisados te desprendes

del campo en que gravitas  
y bajas majestoso  
hecho fuego, hecho luz, hecho sonrisa...  
Irradías con fulgores de esmeralda  
en el cristal azul de las pupilas  
de las rubias mujeres de Polonia;  
á las hijas del trópico acaricias  
y esfumas el carmín de tus pinceles,  
cual beso de arrebol, en sus mejillas.

¡Salve!

¡Mil veces salve!

Tú eres nuncio

del himno del Trabajo...

Las campiñas,  
cuando apareces, luminoso y grande,  
ostentan su esplendor y lozanía,  
y el manso buey, en pos del campesino,  
da principio á las rústicas fatigas.  
El manso buey, el tardo y recio bruto  
que lleva pesadumbre en las pupilas  
que saben la soberbia de tus albas,  
que conocen tus pompas vespertinas;  
que saben de los triunfos del labriego;  
que saben de tristezas infinitas,  
de azules horizontes  
y vagas lejanías...

Las esculturas clásicas de Grecia  
por hábiles cinceles esculpidas,  
se doran con tus besos  
y sonríen, se yerguen y se animan,  
y columpias tus rayos luminosos  
sobre la niebla fría  
que envuelve á las ciudades de Germania  
con sábanas blanquísimas;

en el festón de mármol,  
 en la arcada, en el plinto y en la ojiva,  
 penetras y te enroscas como sierpe  
 hecha de luz que se fragmenta en chispas.

Te levantaron templos los aztecas  
 para rendirte culto, ¡astro del día!,  
 y en toscos monolitos  
 te ofrendaron sus vírgenes cobrizas,  
 en el seno de bosques de palmeras,  
 los sacerdotes incas.

Sobre el penacho azul de las montañas,  
 cuando la aurora extiende sus cortinas,  
 derramas tus fulgores  
 desde la inmensa bóveda sombría,  
 y bajas por los flancos  
 y en los robles frondosos te tamizas  
 como una lluvia de oro,  
 como una lluvia espléndida que brilla;  
 y en el silencio augusto de las selvas  
 retozas con las brisas,  
 y tiembles y te esfumas en las flores  
 ó te hundes del torrente entre las linfas.

¡Oh, padre majestuoso  
 que á la tierra con ósculos das vida!  
 Por ti florece el campo  
 y el labriego feliz, en su campiña,  
 admira tu poder en los embriones,  
 admira tu bondad en las espigas!

Cuando en rizos dorados te desprendes  
 del campo en que gravitas,  
 y bajas á la tierra  
 hecho fuego, hecho luz, hecho sonrisa,  
 las aves te saludan  
 con el himno más dulce de sus liras.

## *El Moisés de Buonarrotti*

El bloque informe y duro de mármol de Carrara  
fué herido por el tajo genial de tus cinceles,  
y apareció el esbozo de aquella obra preclara  
que ha dado á tu memoria montañas de laureles.

La faz irguió el Profeta de frente grave y rara,  
luciendo sus vigores de indómitos corceles;  
el sello de tu numen pusístele en la cara,  
y suelta en los regazos su túnica de pieles.

Pujanza de gigante y senil musculatura,  
é inmóviles pupilas que hienden el espacio,  
tallaste en la grandeza de dios de tu escultura.

La barba, cual las ondas de piélagos reacio,  
cae sobre sus tablas, ornando la hermosura  
de aquesa obra sublime que tú le diste al Lacio.

## *Perlas grises*

### I

#### **Solo**

Cuando me siento á descansar, medito  
en todas las borrascas de este mundo,  
y va mi pensamiento á lo infinito  
y al cabo me confundo!

¿Será que soy un réprobo, un precito?  
¿Será que siempre viviré errabundo?  
¿Adónde va mi queja? ¿adónde el grito  
de aqueste horrible sinsabor profundo?

¡Y lucho y forcejeo,  
á modo de rebelde Prometeo,  
con todos los vigores de mi brazo!

Y en tanto que lamento mi amargura  
ofrécame Natura  
el lecho maternal de su regazo.



II

**Meridlano**

Es hora del sopor... El mar bosteza  
y brilla el Sol, del piélago en el lomo;  
el ave se amodorra en la maleza  
y el cielo muestra su infinito domo.

Ostenta el horizonte su grandeza  
y una alta roca se distingue como  
un centauro de rígida cabeza,  
cual una esfinge cincelada en plomo.

Despierto al fin del sueño  
á que entrega el mortífero beleño  
que me ofrece en su cáliz el hastío;

y escucho entonces las salvajes notas  
del ronco mar y miro dos gaviotas,  
hendiendo, cual mis dudas, el vacío.

III

**Al Mar**

Sacudes en tus ancas  
el rayo, el huracán y los tifones  
mientras empujas las soberbias trancas  
que oponen á tu salto los peñones.

Te encoges, hecho fuerza, y luego arrancas  
de tu arpa gigantesca mil canciones  
y vas orlando con espumas blancas  
la cálida aridez de los playones.

Tu cólera me alienta  
y tu lenguaje de titán me cuenta  
la fuerza pertinaz de tus batallas.

¡Ah, como tú, oh ponto!  
mi espíritu remonto  
con ansias vivas de romper las vallas.

IV

**Carmin**

Como una brasa de oro  
desciende el Sol y el piélago se aquieta,  
mas de las olas, el rugiente coro,  
persiste siempre en su ansiedad secreta.

Busca su nido, en el palmar, el loro,  
se cubre el monte con matiz violeta  
y finge, en la dehesa, el bravo toro,  
un toque resonante de trompeta.

Se incendian el ocaso y el vacío,  
así como se abrasa el pecho mío  
cuando me hiere el sufrimiento el alma.

El Sol por fin se pierde  
y va á esfumarse, en la llanura verde,  
el último fulgor envuelto en calma.

## *Esfinge*

Cuántas veces mi espíritu se engolfa  
vagando en las penumbras  
que presagian la noche de la Muerte,  
la noche sin aurora de las tumbas.

Y apostrofo al silencio de ese arcano  
impulsado por hondas amarguras;  
mas sólo me contestan,  
en mi interior, las voces de la Duda!

Y avanzo por la estepa de la vida  
¡tan árida... tan sola... tan adusta...!  
y paso cual fantasma vagaroso  
que recorre cansado las llanuras...

¡Oh Muerte silenciosa!  
¡Eterna esfinge para todos muda!  
¡Tú guardas el misterio de lo ignoto  
y no descubres tus arcanos nunca!

## *En el campo*

### *Las cogedoras de café*

Despierta todo el barrio... En las colinas  
cual alfombras se extienden los maizales,  
y ostentan los frondosos cafetales  
las ramas como sartas purpurinas.

A las haciendas van las campesinas  
charlando, bulliciosas y joviales,  
en tanto que recoge sus cendales  
la aurora tras las selvas azulinas.

Del verde cafetal en la espesura  
se escuchan, cual rumores de colmenas,  
las mozas entregadas al destajo.

Con el canasto asido á la cintura,  
las sorprende la tarde en las faenas  
triumfantes en la liza del Trabajo.

## A una bogotana

'Te ornó con su pureza el Tequendama  
y llevas de las hadas el sigilo,  
tus marios son nenúfares del Nilo  
y rubios tus cabellos cual la grama.

Del mármol eres digna, y de la fama  
de la Venus espléndida de Milo;  
es una aurora tu mirar tranquilo  
que rinde corazones con su llama.

'Te yergues en tus plantas, majestuosa,  
y pareces por Fídias esculpida  
para elevarte de mujer á diosa.

Y cuando pasas, de esplendor vestida,  
con esbeltez olímpica y airosa,  
la tierra se estremece conmovida!

## *Esas fosas!*

Para esas fosas pobres  
que sólo cubren las silvestres yerbas,  
con cruces desgajadas por el tiempo  
que todo en ruinas á su paso deja;

Para esas fosas solas  
donde extiende sus alas la Tristeza,  
donde sólo se escuchan los rumores  
del cierzo que en las frondas aletea;

Para esas fosas mustias  
donde la vana pompa y la soberbia  
no dejan ni festones ni guirnaldas,  
ni búcaros cuajados de azucenas;

Para esas fosas teje  
mi Musa, con las flores de su selva,  
esta humilde corona humedecida  
con lágrimas sentidas y sinceras.

## Canclón de las montañas

Con voz grave, nacida en sus entrañas,  
dijeron las montañas:

—Nosotras somos símbolo de todo  
lo grande y soberano;  
nuestro mudo lenguaje es un arcano  
y el vigor que ostentamos, sempiterno;  
no empañará jamás el negro lodo,  
que arrojan los reptiles del pantano,  
nuestro verdor purísimo y eterno.

Nos corona la nube blanquecina  
y el lejano arrehol nos ilumina;  
las auras nos festejan con murmullos  
y las dulces palomas  
nos regalan con plácidos arrullos;  
perfuman nuestro seno los aromas  
de silvestres orquídeas en capullos;  
oímos los turpiales  
ensayando en sus liras encantadas  
su grata sinfonía,  
henchidos de alegría  
cuando despliega el alba sus cendales  
del orbe gigantesco en las arcadas,





y cuando brilla el Sol, en su agonía,  
sobre el regazo azul del horizonte,  
el incendio que deja sobre el monte  
refracta en nuestras cimas escarpadas.

La salvaje corriente  
que retumba al rodar por la llanura  
rebotando sus linfas rumorosas,  
en nuestras plantas quiebra su bravura,  
sin que llegue jamás hasta la altura  
do nos besan las nubes silenciosas.

Descansa el firmamento en nuestros hombros  
y hemos visto pasar, como vestiglos,  
con paso fatigado  
las luengas caravanas de los siglos  
dejando sólo escombros,  
en su vía eternal de lo pasado...

Si nos retan los roncós huracanes,  
á modo de titanes  
hacemos retumbar las cordilleras,  
y levantan la voz nuestros volcanes  
con estentóreo grito,  
lanzando luminosas cabelleras  
de fuego á lo infinito...

Cuando ostenta sus pétalos la aurora,  
como una flor de lis hecha de lumbre,  
se estremecen de amor nuestras entrañas,  
la veste que nos cubre se colora  
y la alondra canora,  
del árbol en la cumbre,  
nos saluda con músicas extrañas.

También la rósea tarde  
nos da sus besos de carmín y gualdas  
al sepultarse el sol, entre la noche,  
y, haciendo de su pompa regio alarde,

derrama, al apagarse, en nuestras faldas  
de nácares y gemas un derroche.

Prestamos á las águilas caudales  
el pedestal de nuestra cumbre agreste,  
do ensanchan sus pupilas de topacio  
antes de hundirse en la dorada veste  
que va luciendo el Sol en el espacio,  
y cuando el cóndor al empíreo sube  
nos mira con amor desde la nube.

En el silencio de la noche bruna,  
cuando callan los dulces ruisseños  
y sólo el viento en nuestros robles gime,  
el pálido cadáver de la luna  
nos baña con benignos resplandores,  
allá desde la bóveda sublime,  
que cubre eternamente  
el orgullo glacial de nuestra frente.

La nieve nos envuelve en su alabastro,  
el pincel de la tarde nos decora  
y nos tributa el astro  
todo el caudal de lumbré que atesora,  
y la rosada aurora  
desgrana en nuestras flores sus collares;  
las caricias del Sol nos abrillantan  
y con retumbos sin cesar nos cantan  
las liras gigantescas de los mares  
que copian en sus ondas  
el pomposo verdor de nuestras frondas.

— La tarde, como incendio iridiscente,  
extendió su fulgor en la llanura,  
y el Sol, tras la espesura,  
se hundió, como un titán, en Occidente:  
entonces las montañas  
acallaron la voz de sus entrañas...

*De paso*

—  
Iré por el mundo,  
como ave que el viento arrebató,  
cantando las rudas  
tristezas que llevo en el alma...  
Si á veces sonrío  
á modo de frígida estatua,  
mis penas profundas  
en mí se retuercen y estallan.  
Las hondas heridas  
que abriera en mi pecho tu daga,  
irán siempre ocultas:  
Las tumbas por fuera son blancas.  
mas quiero que sepas  
que anhelo, en lugar de venganza,  
hacer que mis versos  
te arranquen sollozos y lágrimas.

## *Bonanza*

Cuando el recio aquilón de mis pesares,  
con ímpetus hurraños,  
me hundió en el fondo de agitados mares  
de negros desengaños;

cuando el dolor, torciéndose en mi pecho,  
á modo de serpiente,  
ardiendo en ira, con tenaz despecho,  
me inoculó el veneno de su diente,

como una nube que trajese el aura,  
luciendo un nimbo de candor, radiante,  
cual de Petrarca la viviente Laura  
ó cual la virgen que soñara el Dante,

apareciste presagiando calma  
en el mar de mis negras tempestades  
y despejaste el huracán de mi alma  
bañándola de hermosas claridades!

## Saxátiles

### *Al poeta ante los Zollos*

Y deja que se asombre la necia muchedumbre  
ante el alcázar de oro que tu verdad levanta,  
donde tu dios habita, donde tu Musa canta,  
donde tu verbo enciende su esplendorosa lumbré.

Al mirto que florece sobre la enhiesta cumbre  
jamás del gris estruendo lo mancilló la planta;  
sobre el pantano impuro su imagen agiganta  
la estrella que en el éter irradia su vislumbre.

Poeta, no descendas del trono de tu imperio  
hasta el abismo obscuro de Odio y del Dicterio  
donde tienen su guarida la Envidia y la Maldad.

No bajes de tu cima, poeta: los condores  
no buscan las tinieblas; prefieren los fulgores  
y clavan las pupilas allá en la inmensidad.

## Rebeldías

¡Inexorable hado! En mi camino  
te encuentro siempre amenazante y fiero;  
cumpliéndose tu ley á tierra vino  
la dicha toda de mi amor primero.

¡Eres tenaz!  
Tu ruda sacudida  
de indómito corcel, fué un cataclismo  
que me arrojó, enconando más mi herida,  
al fondo tenebroso de un abismo.

Cual marino viril que no desmaya  
ante la furia de las negras olas,  
iré bregando hasta ganar la playa  
donde la Muerte nos espera á solas.

No me arredro, Destino, entre tus nudos;  
tus intentos de fiera son prolijos;  
lucharé con tus áspides sañudos  
como Laoconte por salvar sus hijos.

A todos tus reveses, mi desprecio,  
yo no quiero, jamás, que te complazcas;  
iré cual nauta valeroso y recio  
cantando mi altivez en tus borrascas!

## *Junto al yunque*

Obrero, estás alegre porque sabes  
que tienes maniatadas las miserias,  
y que eres libre como son las aves  
y que llevas vigor en las arterias.

No acalles tu canción; al aire vibre  
luciendo tus soberbias energías;  
cabalgas un corcel que corre libre:  
el núcleo de tus bravas rebeldías.

Que vibre tu cantar mientras resuena  
el golpe resonante de tu mazo,  
haciendo estremecer, de fuerza llena,  
la espada triunfadora de tu brazo,

Resuenen tus canciones vibradoras  
como himnos de gloriosos paladines,  
como diana que anuncia á las auroras,  
como voz de los épicos clarines...

¡Oh, las alas coléricas del viento  
que se agitan con ímpetus adustos,  
domeñando el salvaje atrevimiento  
que columpian los árboles robustos!

¡Oh, las iras terribles de los mares  
que á la faz del tifón de rabias iocas,  
arrojan sus retumbos á millares  
montándose en los hombros de las rocas!

Obrero, mientras vences tus faenas  
y surge en lenguas de tu fragua el brillo,  
á los vicios les forjas las cadenas  
al golpe tallador de tu martillo.

Tú no adulas ni imploras de redillas:  
por eso son gallardas tus canciones.  
Eres fuerza rompiendo las Bastillas,  
eres brío silbando á los Nerones.

Tú no adulas ni imploras á los grandes  
ni ofrendas al soberbio tu agasajo,  
porque puedes salvar hasta los Andes  
en las alas gigantes del Trabajo.

Del hambre no te hieren los mandobles  
ni del fuerte las cóleras hurañas,  
aun más recio te yergues que los robles  
que mecen su altivez en las montañas.

Tu canto es el pavor de los tiranos,  
pues vibra cual la voz de la tormenta;  
ellos saben que tienes en las manos  
la adarga que hace libre: la herramienta.

Que vibre tu cantar mientras tu mazo  
entona sobre el yunque himnos soberbios,  
y luzca la pujanza de tu brazo  
de fuerzas pleno y de robustos nervios.



No acalles tu canción y los confines  
que tramonte en sus alas vencedoras,  
como el toque marcial de los clarines  
que anuncian el llegar de las auroras...

¡Heraldo de futuras redenciones  
que custodias las sacras libertades!  
Comprendo tu vigor en las canciones  
que entonas hechas ígneas claridades!

*¡Señor...!*

¡Oh Dios!

...A modo de bajel que salva  
las sirtes y tropiezos,  
avanzo en las borrascas de la vida  
cantando mis zozobras en mis versos...

La vida es una lucha sin descanso,  
mas sé que llegaremos,  
al fin de la contienda,  
allá á la orilla de ignorado puerto,  
allá donde los náufragos,  
los náufragos vencidos, sin aliento,  
se rinden en la brega  
llevando por mortaja sus anhelos;  
allá donde la inquina  
no ha de llegar á importunar el sueño,  
allá donde la Duda  
eligió para campo de su imperio,  
allá donde pesares infinitos  
no clavaron sus zarpas como cuervos...  
Allá voy en mi barca,  
de mi vida azarosa sobre el piélago.

llevando mi bandera hecha jirones,  
rasgada en el fragor de mis esfuerzos.

¡Oh inútiles afanes!

¡Oh fugaz ilusión de mis empeños!

Al verte tramontar las lejanías  
te doy mi adiós postrero...

Sólo ansío en las luchas mundanales,  
en lugar de tizonas y de yelmos,  
la eterna impavidez que guarda el bronce,  
la frialdad que habita en el acero,  
y vengan los rigores y las penas  
para mirarlos á mis plantas muertos!  
¿Y después?

En mi olvido,  
callado cual la estatua del Silencio,  
veré volar sin rumbo  
las gárrulas parvadas de mis versos,  
mientras llego, al final de la contienda,  
allá á la orilla del ignoto puerto!

¡Señor, sólo eso ansío,

¡Señor, sólo eso quiero!

## ***Almas oscuras***

Honroso es que la insidia  
arroje sobre ti sus salivazos;  
prosigue fuerte en tu brillante lidia  
y deja retorciéndose la envidia  
herida del desdén á los zarpazos.

A modo de torrente  
empuja de las rémoras la v lla;  
á las almas oscuras, inclemente,  
sordo al perdón, santígualas la frente  
con las cruces sedeñas de tu tralla.

¡No detengas tu paso!  
tu misión es luchar, noble poeta;  
no recojas la brida á tu pegaso,  
asciende, vencedor, hasta tu ocaso...  
la envidia si te insulta es con careta.

...y deja á los histriones  
vendiéndole placer al vulgo insano  
con piruetas y burdas contorsiones.  
¡Tú eres cóndor que explora las regiones,  
ellos sierpes que buscan el pantano!

## *La Calumnia*

Se oculta como sierpe entre maleza,  
para hincar el colmillo al inocente,  
y se deja llevar por la corriente  
del cieno en que se baña la bajeza.

La calumnia es reptil. A la Pureza  
acomete con ímpetu inclemente;  
mas si aquélla se arrastra hecha serpiente,  
ésta es ave que sube á la grandeza.

Es hijastra del dolo y de la envidia,  
oculta su veneno en las entrañas  
y elige por coraza la perfidia.

Pero nunca su tósigo de sañas  
da muerte á la Virtud...

Emprende lidia  
llevando por lanzón sus artimañas.

## *En Septiembre*

*A José María Zeledón*

La niña sollozaba...

En la escuela

las altivas camaradas le decían:

—no te acerques á nosotras, nos repugnas... nos enfermas;

esa blanca palidez de tu semblante,

esas lúgubres ojeras,

esas manos descarnadas,

tus mejillas macilentas,

nos dan miedo; no te juntes á nosotras, no te juntes,

nos contagias esa tisis si te acercas...

...y la niña atormentada, silenciosa,

bajo el peso de la anemia,

á manera de una sombra,

cadavérica,

fué á su madre, temblorosa y angustiada,

y la dijo sus congojas y las burlas de las niñas que agotaban su paciencia.

Y la madre con halagos—¡oh las madres!—siempre dulce, cariñosa,

consolaba á la chicuela

agostada por el hambre,

por el frío y la pobreza...

Una tarde esplendorosa,

toda plena

de fragancia de jazmines y de aroma de azahares

y de alient de azucenas,

en que el Sol desde el Ocaso  
derramaba en las aristas de la sierra  
el orgullo de sus minios, la riqueza de su nácar  
y la pompa de sus gemas,  
una tarde de septiembre,  
veraniega,  
con su madre fué la niña  
á la Virgen de la ermita de la aldea  
á pedirle de rodillas, reverente,  
que quitara de su rostro las ojeras  
y la blanca palidez de sus mejillas,  
que quitara de su cuerpo aquella anemia,  
que quitara de su pecho los dolores  
que la hacían despreciable entre las niñas de la escuela;  
y al pedirle la enfermita los favores á la Virgen  
le dejó cabe su trono, como ofrenda,  
unas flores aromosas, en capullo,  
recogidas en la selva...

Ya la noche se acercaba, misteriosa...  
Las estrellas  
sorprendieron á la niña, en su bohío,  
con la fiebre de la anemia,  
moribunda,  
delirando con la Virgen de la iglesia...  
—Mamacita, mamacita—mascullaba,  
yo mañana *vo á llevale más toritos y azucenas*  
á la *Virsén* del Rosario,  
á la *Virsén*... á la *Virsén*... á la *Virsén*—y no pudo.—Las ojeras  
de la niña se tornaron  
más oscuras, más profundas, más serenas  
y los ojos se posaron en la madre, ya sin vida,  
sin fijeza...!

Los carmines de la aurora de otro día,  
la encontraron en la caja, silenciosa... macilenta...

Y sus frías pupilas, inmóviles,  
 medioabiertas,  
 levantaban á los cielos, ¡siempre mudos, siempre sordos!,  
 un poema  
 muy sombrío, muy quejoso, muy amargo...!  
 Era la última querrela  
 del orgullo de los hombres, del silencio de los cielos impasibles,  
 las locas vanidades de la Tierra,  
 á la nada de lo ignoto de la Muerte,  
 el silencio de la huesa...!  
 Era el último desprecio á las ruindades,  
 era la última protesta  
 contra todas las miserias de la vida,  
 contra todas las soberbias  
 que se anidan, hechas sierpes silbadoras,  
 en la veste de ormesí de la riqueza!

Cuatro chicos del villorrio, muy humildes, andrajosos,  
 conducían, paso á paso, al cementerio á la niña que á la iglesia  
 fué á pedirle, de rodillas, á la Virgen  
 que quitara de su cuerpo aquella anemia,  
 y la blanca palidez de sus mejillas;  
 que quitara de su rostro las ojeras,  
 que quitara de su pecho los dolores  
 que le hicieron despreciable entre las niñas de la escuela!

No muy lejos una tórtola arrullaba;  
 sus arrullos, tan sentidos como quejas,  
 daban tintes más sombríos  
 á aquel cuadro todo lleno de amargura, todo lleno de tristeza,  
 esa murria indefinible que conocen las torcaces  
 y las almas invadidas por las penas,  
 y las almas impregnadas  
 en ternezas,  
 esa murria, hecha dolores, que en sus cantos cristalizan  
 los portales...!



## *Mi madre*

Cabe la sombra apacible  
de unos frondosos naranjos,  
en una casita alegre,  
allá en un pueblo apartado,  
en donde riman las aves  
en las mañanas sus cantos,  
en donde pasan las brisas  
eternamente charlando,  
en donde la Vida triunfa,  
en donde triunfa el Trabajo,  
habita un alma tranquila  
de sentimientos cristianos,  
tan pura cual los cristales  
de los dormidos remansos,  
como el plumón de las garzas  
como el armiño más albo;  
ella fué la que en un tiempo  
con sus ternuras y halagos,  
con sus caricias de madre,  
llenas de amor y de encantos,

aquellas horas de infancia,  
aquellos primeros años,  
supo hacerme más felices,  
hacerme supo más plácidos.  
Hoy que la suerte me arroja  
de sirte en sirte, abrumado,  
y de peligro en peligro,  
y de peñasco en peñasco,  
distante de sus miradas,  
muy lejos de sus cuidados,  
cuando el pesar me atormenta  
en mis momentos aciagos,  
en mis horas intranquilas  
tan llenas de desengaños,  
en mi camino aparece  
y huyen de mí los quebrantos  
como una banda de cuervos,  
como una banda de grajos;  
aparece en mi camino  
y me brinda con halagos,  
con las caricias de madre,  
tan puras, tan sin engaños  
que nadie puede menguarlas,  
que nadie puede robarnos!

¡Madre!

El tiempo asaz severo  
sobre tu faz ha trazado  
largas huellas que me dicen  
el triunfo de tus trabajos,  
tus reflexiones profundas,  
tus sinsabores pasados;  
en tus pupilas, tan negras,  
yo descifro hondos arcano,  
como descifra el arqueólogo,  
como descifran los sabios.

en una leyenda rúnica,  
secretos de lo pasado,  
y con su fábula elocuente  
dices poemas y cantos  
de indefinibles ternuras,  
de sentimientos innatos.  
En tus ojos, ¡madre mía!  
Dios puso dos océanos  
de dulzuras inefables  
y de inefables halagos,  
siempre serenos y puros,  
siempre serenos y mansos.  
¡Cuántas ternuras irradian,  
cómo fulguran tus astros!

¡Poetas huérfanos, solos,  
por el dolor torturados,  
por los pesares heridos,  
os compadezco y os amo!  
Una madre cariñosa  
me brinda aún con halagos,  
con las caricias de madre,  
tan puras, tan sin engaños,  
que nadie puede menguarlas,  
que nadie puede robarnos!  
Os compadezco, poetas,  
os compadezco y os amo,  
vosotros vais por el mundo  
sin la grandeza que alabo,  
sin la grandeza que tengo  
allá en un pueblo apartado,  
cabe la sombra apacible  
de unos frondosos naranjos,  
en donde las aves riman  
en las mañanas sus cantos,  
en donde las brisas pasan

eternamente charlando,  
en donde triunfa la Vida,  
en donde triunfa el Trabajo.

Para ella todos los lises,  
para ella todos los nardos,  
el brillo de las auroras  
y el más viril de mis cantos.

---

## Egipto

He visto en mis ensueños tus remotos  
plantíos alfombrados de trigales,  
tus Pirámides y amplios arenales,  
tus frescos teberintos y tus lotos.

Tus momias y los ídolos hoy rotos  
por los siglos, nos cuentan las triunfales  
conquistas de tu brazo, y tus canales  
refieren la belleza de tus sotos.

Aun pasan los camellos cabe el Nilo  
—alcázar de tu sacro cocodrilo—  
con paso taciturno y fatigado.

El avance del tiempo te restringe,  
mientras canta el Simún junto á la Esfinge  
la gloria sepulcral de tu pasado.

## Desde el monte

El río turbulento, sin sosiego,  
va entonando sus églogas extrañas  
en tanto que la brisa, entre las cañas,  
deja un susurro que parece un ruego.

Cascada inmensa de carmín y fuego  
derrama el sol poniente en las montañas;  
dialoga la arboleda, y las cabañas  
se alegran con la vuelta del labriego.

Da la tarde por fin su despedida;  
destápanse del carmen las navetas  
y torna el buey de su labor vencida,

y la altiva canción, que las carretas  
entonan al Trabajo y á la Vida,  
ondula como un himno de trompetas.

## *Cartago*

Embozada con blondas de neblinas  
se muestra ante los ojos del viajero;  
la perfuma el membrillo tempranero  
que sazona de Cot en las colinas.

Se encuentran en las huacas de sus ruinas  
las huellas del indígena primero,  
dos volcanes se yerguen en su fuero  
cual gigantes de testas blanquecinas.

Florece las parásitas extrañas  
entre el musgo que brota en sus tejados  
y se engarza el jazmín en sus pretilos.

Le tributan frescura las montañas,  
alfombras siempre verdes los sembrados  
y olorosos duraznos los abriles.

## *Al pensador (\*)*

Predica al Mundo la sublime idea  
que surge en tu cerebro...

¡Es un Calvario  
tu alta misión! Convince á tu adversario,  
recorre, noble apóstol, tu Judea.

Eres ola tenaz que forcejea  
y mina el tajamar de tu contrario;  
el fulgor de tu verbo no es precario,  
es luminoso Orión que centellea.

No temas, no, los dardos del insulto,  
asciende de tu Gólgota á la cumbre  
sereno, como Cristo, entre el tumulto.

Con tu doctrina los cerebros baña  
y redime la intonsa muchedumbre  
con un nuevo Sermón de la Montaña.

(\*) Soneto premiado en el segundo concurso de *La Fiesta del Arte*.



## *Mármol roto*

Cual los marmóreos Términos  
que la quietud cuidaban en las selvas,  
oyendo los idilios  
del ave que anidaba en la floresta  
al apagarse el sol tornado en ascua  
tras escarpadas sierras;  
como diosa gentil del Paganismo,  
como una Diana bella,  
rodaste desde el plinto levantado  
por mi amor, mis afectos y ternezas,  
y hoy yaces en mi olvido  
como en ruinoso y sepulcral Pompeya...!

Las cítaras aladas de mi bosque,  
las auras de mi selva,  
no te arrullan ni vibran á tus plantas  
ni mi lira sus cánticos te ofrenda.  
Caíste cual los Términos arcadios  
y hoy te cubren las frondas de mis yedras  
y sólo ensaya para ti mi plectro  
el miserere de las cosas muertas!

¡Oh mármoles caídos de sus plintos!  
¡Oh escombros de difuntas primaveras!  
¡Para vosotros las canciones tristes  
que entona el cierzo al remover las huesas.

## Los bueyes viejos

A Manuel Magallanes Moure

A tí, poeta hermano, á tí que sentiste, como yo, la tristeza de los mansos bueyes que van, ora bajo los turbiones invernales, ora bajo los ardores sofocantes del sol de los veranos—escribiendo con los hilos que penden de sus jadeantes hocicos, en la interminable página del camino, la odisea de sus marchas á lo largo de la ruta sin fin—dedico este poema: en él puse toda mi alma y un destello del pensamiento mío. Como tú, yo sentí las hondas pesadumbres, los causancios y el trágico final de esos rumiantes que cayeron bajo la crueldad del hombre. Por eso los canto.

Dicen que el Santo de Asís, al despedirse de uno de esos seres le dijo: adiós, hermano buey; y diz también que un filósofo profundo exclamó: mientras más estudio á los hombres, más estimo los perros. ¡Gran sabiduría!

Yo cuanto más contemplo la vida de los bueyes, tanto más profundizo la pequeñez del rey de la Creación.

Poeta, cantemos el dolor de nuestros hermanos inferiores.

### I

Es de tarde...  
allá, sobre la cúspide del monte,  
hay una fiesta de matices.

Arde

el sol, y, el horizonte,  
á modo de encorvado mastodonte,  
bajo el eterno y azulino domo,  
parece que á lo lejos  
bañado de una lluvia de reflejos.  
Lleva árboles y riscos sobre el lomo.

Con tintes de naranja y de carmines,  
las nubes pasan cual leones sueltos,  
como corceles de nevadas crines,  
cual mármoles esbeltos  
que van en procesión á los confines.

Es la última faena,  
les dice el labrador con sentimiento:  
mañana al fin terminará la pena  
que os llena de profundo abatimiento;  
sois viejos, ya los años, bueyes míos,  
os han tornado inútiles, cansados,  
por eso vais tardíos  
al valle donde extiendo mis sembrados;  
el tiempo la pujanza de otros días  
os quitó con sus bravas osadías...

Es la última jornada, ya la muerte,  
descanso postrimero  
de todo lo que sufre y lo que llora,  
mañana os librárá de aquea suerte  
allá en el matadero:  
cuando principie á despuntar la aurora  
comprareis el alivio de esas penas  
con el tibio rubí de vuestras venas.

Y aquellos bueyes viejos,  
cansados, impotentes por vetustos,  
miraron allá, lejos,  
los últimos reflejos  
prendidos en la cumbre de la sierra;  
evocaron sus ímpetus robustos  
de ya difuntos años  
y vieron con extraños  
ojos el seno púber de la tierra  
que convierte la carne y los dolores  
en perfumadas y rojizas flores.

Los dos atletas dóciles, sombríos,  
 que de la aurora las primeras luces  
 miraron cuando araban  
 en pos del montañés en los plantíos,  
 inclinaron humildes los testuces;  
 dijérase lloraban  
 con los ojos insomnes, siempre fijos,  
 mirando, no distantes, los cortijos  
 ornados con ubérrimas labores  
 en la extensión feraz de la pradera,  
 en donde de aquel rústico, los hijos  
 al lado de su madre placentera,  
 hallaron á los fuertes labradores  
 humedeciendo el campo con sudores...

Dijérase lloraban consternados,  
 los bueyes fatigados,  
 al mirar por la vez última la amada  
 plantación acullá, sobre los prados,  
 enviándole un adiós con la mirada  
 á la hora en que la tarde sombras viste,  
 ¡adiós llenode angustia, adiós muy triste!

Las estrellas—clemátides de fuego—  
 el río murmurando en la montaña  
 monótono estribillo,  
 la dulzaina y el canto del labriego,  
 el trajín de la plácida cabaña,  
 el pífano del grillo  
 vibrando en la espadaña,  
 y el viento que retoza en la llanura,  
 convergen al concierto de natura.

El toro ensaya su mugido bronco  
 obedeciendo á las eternas leyes  
 de aqueño movimiento  
 que impele y rige las astrales greyes

y el piélagos encrespado, siempre ronco;  
y la cuadriga armónica del viento  
va chafando en su marcha los magueyes  
mientras rumian, echados cabe un tronco,  
los dos amigos bueyes,  
amigos compañeros  
que supieron partirse la pitanza,  
el dulce pienso del cañal vecino  
y todas las fatigas del camino.

Hay un sordo rumor en la arboleda  
que anuncia algo muy serio:  
es el terral atronador y fuerte  
que á su paso colérico remeda  
las iras impotentes del dictorio,  
las burdas carcajadas de la muerte;  
es algo triste y grave  
que vibra, se retuerce y se encarama  
del árbol en la rama  
donde ha pulsado su laúd el ave,  
que hechiza con su cántico sentido  
cabe el alcázar de su muelle nido,  
á duo con su tierna compañera  
que tiene los dulzores de la piña  
cuando con ansias en la fronda espera  
la vuelta de su amante á la campiña.

Se llena el aire de negror y espanto  
y hay lóbregos barruntos  
de recia tempestad en los pensiles,  
los montes y hondonadas; entre tanto  
mustios siempre, callados, siempre juntos  
aquellos dos corníferos seniles  
rumian... rumian... y rumian á deshora  
esperando la vuelta de la aurora,  
la reina iridiscente de las flores

que roza con su traje las espigas,  
al romper en los campos las fatigas  
los gañanes—¡valientes luchadores!—

Los dos bueyes presienten el insano  
final de su existencia...

Conocen los ardores del verano,  
del invierno la frígida inclemencia;  
son eunucos, son parias del tormento  
y esclavos del dolor y la fatiga  
sin descanso, sin tregua.

Su aislamiento  
á rudas pesadumbres los obliga.  
los llena de perenne abatimiento;  
por eso en sus pupilas siempre abiertas,  
llevan el dueño de las cosas muertas!

Allá, sobre la cumbre,  
brillante pincelada de naranja,  
magnífica explosión de suave lumbre,  
anuncia la llegada de la aurora.

Despiértase la granja  
y al ensancharse la soberbia franja,  
así como un despliegue de sendales,  
el valle se colora  
y un himno de palomas y turpiales  
resuena en las montañas;  
se esmalta de carmín el dulce grumo,  
flamean las banderas de las cañas  
y en grandes espirales sube el humo  
del rústico fogón de las cabañas.  
aléjase por fin la noche negra  
y al beso matinal todo se alegra.

Un lúgubre mugido es el saludo  
que aquellos dos invictos del trabajo

le dirigen al rústico sañudo,  
quien llega para atarlos  
y conducirlos ¡ay! al matadero;  
y el burdo montañés, al contemplarlos,  
siente pesar que á su ánima tortura,  
así como un arpón, terrible y fiero,  
que dejase en su espíritu amargura.

Las noches dilatadas del proscrito  
nostálgico y enfermo,  
el silencio eternal del infinito  
y el desamparo del estéril yermo,  
no tuvieron la insólita cansera  
de aquellos dos rumiantes siempre nobles,  
al tornar la mirada á la pradera  
donde quedaban los amigos robles,  
y aquella fresca moza  
que les mandó un adiós desde la choza!

Al perderse, siguiendo al campesino,  
allá, desde la sierra,  
en el último trecho del camino  
donde se junta el cielo con la tierra,  
contemplaron el valle de labranza  
cuajado de maizales,  
de piñas, de cafetos y racimos  
en que funda el labriego su esperanza  
que traducen en canto los zorzales  
posados en los dátiles opimos.

Silenciosos bajaron el sendero,  
y, al discurrir, las florecillas blancas,  
como arrojadas por ocultas manos,  
rebotaban encima de las ancas  
de aquellos dos cuadrúpedos ancianos;  
era á modo del último agasajo  
del árbol de los héroes del trabajo;

las aves que los vieron siempre uncidos,  
 triunfando de fatigas,  
 les rindieron también dulces cantigas  
 y allá, desde la quiebra de la hondura,  
 en su arpa de cristal rimó la fuente  
 un canto de amargura  
 muy flébil... muy sentido... muy doliente!  
 y después de salvar el precipicio,  
 velado por montañas,  
 llegaron al teatro del suplicio  
 y un hombre sin entrañas,  
 de miradas muy ásperas y foscas,  
 introdujo la yunta al edificio,  
 hogar de hambrientos cáraños y moscas...

Insensible, sañudo y altanero,  
 el verdugo fatal del matadero  
 maniatada un buey de aquellos y lo tumba  
 con tal atrevimiento,  
 que al golpe del cornífero retumba  
 y tiembla el pavimento;  
 el manso buey aviva la pupila  
 en busca del por qué de aquel tormento,  
 y ondulan en el aire sus bramidos  
 suplicantes, á modo de quejidos.

Mientras el rudo matador afila  
 el bárbaro puñal que centellea,  
 bañado por el sol de la mañana,  
 temblando la otra víctima olfatea  
 la sangre que gotea  
 del gancho de metal de una romana...

Intérnale la daga aquel verdugo  
 al rey de las faenas maniatado,  
 y espójase la herida



y retiembla aquel hércules del yugo,  
atleta del trapiche y del arado,  
y saltan de su arteria enrojecida,  
dos chorros carmesíes  
que brillan como líquidos rubíes;  
sus ojos languidecen  
despidiendo fulgencias opalinas,  
y agoniza... sus carnes se estremecen  
y hay quejas de dolor en sus retinas!

Aquellos dos amigos de faenas,  
amigos en las luchas y la suerte,  
amigos en las hambres y las penas,  
el descanso le compran á la muerte  
con la sangre viviente de sus venas!

Las fatigas, la sed y los calores,  
y los fríos terribles siempre huraños  
unidos bajo el yugo, en los alcores,  
los vieron al correr de luengos años;  
por eso en sus pupilas, siempre abiertas,  
llevaron tintes de las cosas muertas!

## II

### Al Hombre

¡Oh rey del orbe!

¿En dónde tu grandeza?

Si es grande, en lo creado, tu dominio,  
es más grande tu bárbara fiera,  
¡lo saben tus hermanos inferiores!  
Tus instintos sangrientos de exterminio  
te obcecan la razón, y, en los ardores  
de tu egoísmo estéril y malsano,  
haciéndote servil de tu inclemencia,  
no sólo al buey sumiso, hasta á tu hermano,  
le arrancas, ¡monstruo hambriento!, la existencia.

Jamás, jamás halló misericordia  
el fuerte luchador de los cortijos,  
el que triunfó en las abras de la sierra,  
el que ganó las mies para tus hijos,  
¡en tí, rey de Caínes!  
¡en tí, legislador de torpes leyes!

¡Al devorar la carne de los bueyes  
se agranda tu miseria en los festines!

## *Saxátiles*

No temas á la inquina, la que siente  
ardiendo las entrañas, la que tasca,  
la que silba con iras de serpiente  
mirando tu desdén en la borrasca.

No temas nunca al necio. El egoísmo  
y el odio que en su espíritu provocas,  
estremecen las cuerdas del abismo,  
pero nunca la base de las rocas.

No temas á los viles sin conciencia,  
de cascos resistentes cual de romos;  
ellos llevan tu verbo á la eminencia  
en triunfo señorial sobre sus lomos.

Ni temas á la envidia que, á manera  
de enfurecido can, salga á tu paso:  
el ígneo Sol no tuerce su carrera  
ante la sombra, en marcha hacia el ocaso.

El fuego que te alienta es una pira  
que obceca con su lumbre á los perversos,

--esas almas de miedo ardiendo en ira—  
bajo el filo tajante de tus versos.

Encima del pantano está la estrella  
que sus besos columpia en las corolas  
y el súbito fragor de la centella  
no acalla las canciones de las olas.

---

## *Rebeldías*

...Y dijo el poeta:

Fulmina sobre mí todos los dardos  
que arroje hechos calumnias tu garganta;  
encima de esas zarzas y esos cardos  
iré posando sin temor mi planta.

Que vibren los silbidos del insulto;  
mucho es tu encono, tu maldad es mucha;  
si tú eres áspid en la yerba oculto,  
tendré piedad á tu mezquina lucha.

Inútil es tu afán, deja tu empeño,  
en tu presencia mi valor se expande;  
tú tienes un espíritu pequeño,  
yo tengo un alma generosa y grande.

¡No hay lucha sin dolor!

Iré á tu lidia  
brindando caridad á tu bajeza...

¡En las ancas hirsutas de la Evidia  
se emprende la ascensión á la Grandeza.

## *La Magdalena de Henner*

*Al maestro Povedano*

Destrenzada la blonda cabellera  
y con la faz hundida entre las manos,  
echa al olvido sus placeres vanos  
y gime compungida la ramera.

Desnudo el cuerpo que triunfado hubiera  
de las diosas y mármoles paganos,  
ostenta sus contornos soberanos  
de la Venus de Milo á la manera.

Así del gran pintor, la pecadora  
que mereció el perdón del Nazareno,  
arrodillada su pasado llora...

Sobre su torso, de belleza lleno,  
una escala de luz, como una aurora,  
desciende hecha caricia hasta su seno. •

## Libros viejos

La humanidad difunta en lo pasado,  
la marcha de los hombres incesante,  
y el tiempo que, cual libre rocinante,  
á lo eterno camina fatigado,

lo perpetuais vosotros, y, engastado  
en vuestras hojas flavas, rutilante,  
fulgura el pensamiento hecho diamante,  
en la amplia biblioteca aprisionado.

Cuando abro vuestros folios, libros viejos,  
en busca de saber y de verdades,  
con ansias de orientarme en la existencia,

destilan por vosotros los cortejos  
de sabios, al través de las edades,  
en marcha hacia las cumbres de la Ciencia.

## Al trabajo (\*)

¡A ti mi canto!  
¡Atleta poderoso  
que todo lo transformas y engrandesces!  
Al páramo, al erial y á los alcóres,  
al pasar con tu aliento de coloso,  
los llenas de vigores,  
los ornas de maizales y embelleces  
con racimos de dátiles y flores.  
A los montes de enhiestas altiveces  
que, erguidos junto al borde de un abismo,  
amenazan horrendo cataclismo,  
tú los obligas á humillar las frentes,  
do quiebra el huracán su arpón de sañas,  
y los unces al yugo de los puentes  
—gigantescas y férreas telarañas.—  
Domeñas con tu mano  
las iras de los mares,  
las trombas y los témpanos polares,  
la cascada, el escollo y el pantano,

---

\*) Composición favorecida con el primer premio en el 4º concurso de *La Fiesta del Arte*.



y llevas las naciones á la altura  
de la única grandeza que perdura.  
Eternizas en piedra el pensamiento  
y refieres con él á lo futuro  
tus luchas y blasones;  
con la pétrea dicción de un monumento  
añoso, apartas el sudario obscuro  
que cubre á las naciones  
internadas, con paso fatigado.  
en la noche sin fin de lo pasado.  
Las vetustas Pirámides son reto  
que lanzaste, hecho moles de granito,  
del tiempo á la carcoma, y ese grito  
que perpetuaste en bloques, con respeto  
lo escuchan las edades,  
de Egipto en las ardientes soledades.  
¡Hurra, invicto!

Las peñas y colinas  
socavas y trasminas  
y de la virgen roca, en los rincones,  
donde no extiende el Sol sus gasas de oro,  
encuentras el tesoro  
que guardan los auríferos filones,  
y recoges del fondo de los mares  
el coral y las perlas á millares.  
La abrupta cordillera  
tu fuerza prepotente la perfora,  
y tornado en fugaz locomotora,  
luciendo vaporosa cabellera,  
la cruzas por el túnel que tu mano  
abre en su vientre negro que los siglos  
no violaron sañudos, porque en vano  
lo intentaron con ansias de vestiglos,  
y con pujanza, que al abismo increpa,  
ruedas vibrando por el bosque espeso,  
recorres, como un bólido, la estepa,

pregonas las conquistas del progreso  
y vas lanzando broncos resoplidos  
que muestran tus anhelos atrevidos.  
Con la hélice de acero  
les peinas á los piélagos las crines,  
y en el sonoro yunque del herrero  
ensayas los clarines  
en que entonan sus dianas la esperanza  
y la vida y la paz de los humanos.  
¡Resueñen los clarines de tu fuero,  
mas no los que festejan la matanza  
con toques de exterminio y de venganza  
de hermanos—¡oh ludibrio!—contra hermanos.  
Te extiendes y te enroscas y te crispas  
y saltas en enjambres  
luminícos de chispas,  
en la ígnea forja que será herramienta  
que ha de triunfar en tu batalla incruenta.  
El tardo buey, el recio y manso bruto  
que triunfa de calores y de fríos  
en la lid de las rústicas faenas,  
te paga su tributo,  
tornando los eriales en plantíos,  
sin rendirse jamás ante las penas  
ni al tormento opresor de las fatigas  
que vence con los sanos labradores.

¡Salve, pegaso de la Vida!

Tú eres  
caricia del cincel en la escultura,  
canción de libertad en los talleres,  
sostén en la genial arquitectura,  
y unid con la Ciencia  
eres ala mirífica que explora  
los campos siderales...  
En tus brazos, Colón, con su videncia,

un Nuevo Mundo. de lozana flora,  
del ponto vió emerger en los cristales,  
cual lo viera, en sus cálculos risueños,  
en el piélago azul de sus ensueños.

¡Salve otra vez. ariete majestuoso!

La valla que el progreso en su derrota  
encuentra, con tus plantas de coloso  
destruyes vigoroso  
y á tierra viene cual trinchera rota!  
Con Képler te remontas á los cielos,  
impulsas en su viaje á Magallanes,  
y allá, del Polo Norte entre los hielos,  
levantas el pendón de tus afanes.

Tú vibras en el hacha  
y tu canción en los collados zumba;  
el roble fuerte, que arrostró la racha  
tu fuerza lo desgaja y lo derrumba;  
el monte milenario  
que, á modo de gigante dromenario,  
destaca su espinazo en lontananza,  
doblega la cerviz bajo tu rueda  
y el campo escueto convertido queda  
en campiña feraz con tu labranza,  
y aparecen los frutos delicados  
como himno de la tierra en tus sembrados.

Al hombre primitivo  
construiste la prístina vivienda,  
era indefenso y lo tornaste altivo  
y al ponerlo en el trono de tu imperio  
irguióse de la vida en la contienda  
y fué dueño del rudo megaterio,  
del árbol secular, del mastodonte,  
allá en las montañosas soledades

que tuvieron por linde el horizonte,  
y el errante corcel de las edades,  
en su eterna carrera á lo infinito,  
más tarde lo encontró, sobre la vega,  
cultivando lozanas heredades  
con burdos instrumentos de granito:  
—primeras alabardas de tu brega—  
y encima de tus hombros  
salvó el desierto, el mar y los escombros.

Si al viejo Egipto, el hambre con su filo  
se atreve á desgarrarle las entrañas,  
allanas peñascales,  
perforas las montañas  
y las aguas magníficas del Nilo  
desvías por canales  
y fecundas con ellas los trigales.

Tu influencia redentora  
fortalece, levanta y dignifica  
á quien el Hado sin piedad oprime,  
y tu fuerza, que todo lo redime,  
al espíritu insano purifica.  
El alma que aquilatan tus crisoles  
se torna grande, activa y valerosa,  
y bañada en la luz de tus fanales  
—¡estrella esplendorosa!—  
arrostra las borrascas mundanales.

¡A ti el clamor de la mujer caída  
en el pantano del inmundo vicio  
y tú la aúpas á la noble vida,  
si anhela abandonar el precipicio  
do fué arrojada por el hombre rudo,  
y la salvas, Trabajo, con tu escudo.  
¡A ti el canto de insólita cadencia

que entonan los proscritos,  
y el gemir del que va por la existencia  
con la murria de duelos infinitos!  
¡A ti la queja de dolor profundo  
que elevan los humildes proletarios,  
los pobres olvidados de la suerte,  
los huérfanos que pasan por el mundo,  
impelidos por ábregos contrarios,  
al puerto silencioso de la Muerte  
donde la inquina su letal no vierte!

¡Oasis siempre bello  
que ofrece sombra y en su seno abriga  
á los que van á ti sobre el camello  
de la miseria adusta y la fatiga!

Contrario de la guerra,  
al hombre ofreces plácido sosiego;  
fecundizan tus ósculos la Tierra  
y en ella brota el fruto que al labriego  
ofrendas cual espléndido tesoro,  
en dulces piñas y en estuches de oro.

El valle adornas de mazoreas rubias  
y las praderas con melífluas cañas  
que en los feraces campos atesoras;  
á tu paso triunfal descendien lluvias  
de pomar y azahares, y te bañas,  
cuando haces en la vega tus azares,  
con el róseo arrebol de tus auroras  
y te visten de púrpura las tardes.  
En el seno feliz de las cabañas,  
que al blando y dulce descansar convida,  
eres placer y movimiento y vida.

Por ti rechinan, cual matracas bruscas,  
el motor del ingenio y las carretas,

que vibran como bélicas trompetas,  
cuando las mieses sazonadas buscas  
en la falda del monte inexpugnable;  
las áforas etruscas,  
del diamante las nítidas facetas,  
el capitel arábigo y el cable  
que ciñe la extensión del Océano,  
son obras—¡oh Trabajo!—de tu mano.

Los dioses que forjó la fantasía  
obcecada por torpes religiones,  
la elicie que adoró la idolatría,  
el tosco monolito  
y el dragón que veneran los *nipones*,  
en el leño, en el mármol ó en granito,  
lo imponente sirviéndote de norma,  
por ti tomaron majestad y forma.

Tú pasas por la ubérrima llanura  
cuando el Sol su cascada de fulgores.  
derrama desde el éter azulado,  
y aprontas los enormes bastidores  
do borda Ceres blondas y labores  
de espigas y verdura  
con la agaja soberbia del arado,  
y en la lira que tañe la Natura,  
un himno de esplendor y de belleza  
resuena en homenaje á tu grandeza!

## *Desde el Trópico*

*Para una dama europea*

### I

Óndula airoso, en el puntal del asta,  
mi pendón. saludándote, señora;  
sé que eres sensitiva y portadora  
de gentileza sin igual, y casta.

Tu nimbo es el talento,—eso me basta  
para fingirte cual perenne flora:  
la gema que más brillos atesora  
más la enriquece el oro que la engasta.

Aquí, donde arrebola el Sol al día,  
región de las orquídeas y quetzales  
que inspiran cantos á la Musa mía,

aquí, en medio de selvas tropicales,  
existe un joven bardo que te envía  
esta flor que espigó de sus rosales.

## II

Aquí triunfa en los campos el labriego  
desde que ostenta su carmín la aurora  
y torna á la cabaña en donde mora,  
cuando apaga el crepúsculo su fuego.

Contra los riscos el torrente, ciego  
se estrella como sierpe vibradora,  
y sus espumas de cristal desflora  
y se adormece en las llanuras luego.

Aquí un cáliz de miel es cada fruta,  
enormes esmeraldas las praderas  
y el soto virgen misteriosa gruta.

Los vientos de invisibles cabelleras  
pasan chafando la montaña hirsuta  
y ensayan su canción en las palmeras.

---



## ¡Aquella tarde!

Te dije mis anhelos y tus ojos  
me hablaron de las sombras del abismo,  
en tu faz florecieron lises rojos  
y mi alma altiva te adoró de hinojos,  
en tanto que alargabas tu mutismo.

¡Qué hermosa tarde aquella!...—Los poetas,  
exclamaste al través de una sonrisa,  
descubren las nostalgias más secretas  
y saben lo que dicen las violetas...  
¿no has comprendido mi alma de Eloísa?

Me hablaste de tu amor—hecho universo—  
y brillaron cual soles tus pupilas;  
la negra mariposa de mi verso  
buscó el geranio de tu labio terso  
y aquella tarde deshojó sus lilas.

¿Fue acaso el dulce discurrir de un sueño  
aquel minuto de placer y calma?  
Sólo sé que bebí de tu beleno  
y durante el sopor del grato ensucio  
brilló una estrella en el azul de mi alma.



## **Meteoro**

Y mi amada estaba ausente  
esa tarde portadora de tristezas infinitas;  
ni un mensaje me mandaba,  
ni un acento con las brisas,  
con las auras retozonas,  
con las auras que venían...

✓ La ciudad, como una muerta,  
con sudario de neblinas,  
se mostraba ante mis ojos,  
al través de mis tristezas infinitas.

No te quiere, bardo iluso,  
te ha olvidado, me decían  
sombras vagas  
que llegaron á manera de estantiguas...

Las bombillas de la luz incandescente  
se apagaron como miran las pupalas  
de las vírgenes difuntas,  
de las vírgenes sin vida...

¡Qué amargor de la existencia  
del que pasa, como un ave fugitiva,  
ocultando sus dolores  
con irónica sonrisa,  
mientras hunden en el alma  
sus arpones las tristezas infinitas!

